

Hispania, LVIII/1, núm. 198 (1998)

LIMITACIONES Y CONDICIONAMIENTOS DE LA REFLEXIÓN HISTORIOGRÁFICA ESPAÑOLA

por

GONZALO BRAVO

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: *El objetivo primordial de esta contribución es mostrar cómo está condicionada la reflexión historiográfica española en varios sentidos. En primer lugar, porque la reflexión en historia no es nunca una actividad especulativa sino crítica y en evolución. En segundo lugar, porque, desde esta perspectiva, el panorama español en la historiografía general es sólo aparentemente negativo al término de un minucioso análisis de la situación actual según las llamadas Areas de Conocimiento: Prehistoria, Historia Antigua, Historia Medieval, Historia Moderna e Historia Contemporánea. Finalmente, porque la crítica tradicional del desfase español, que es pertinente en algunos aspectos, está siendo contestada mientras tanto por las nuevas preocupaciones en teoría de la historia de la última generación de historiadores españoles.*

PALABRAS CLAVE. **Teoría de la historia, España, metodología.**

ABSTRACT: *The principal aim of this paper is to show how Spanish historiographical reflection is restricted in several ways. Firstly, in that reflection of history is never a speculative activity but a critical activity in progress. Secondly, in that, from this point of view, the Spanish panorama in general historiography is only seemingly negative, after a detailed analysis of the current situation in the designated fields of expertise: Prehistory, Ancient, Medieval, Modern and Contemporary History. Finally, in that the traditional critique of Spanish disjuncture, which is pertinent in some aspects, is being answered meanwhile by the new preoccupations with historical theory in the last generation of Spanish historians.*

KEY WORDS: **Historiography, theory, methodology, Spain.**

Hispania, LVIII/1, núm. 198 (1998) 49-64

LAS VERTIENTES DEL PROBLEMA

La «reflexión historiográfica» no es, desde luego, la tarea habitual de un historiador de oficio, cualquiera que sea el ámbito de su investigación, pero debería formar parte del «oficio de historiador»¹.

Reflexionar sobre las formas de entender/escribir/hacer historia² es una tarea que, hasta fechas recientes, ha sido realizada sobre todo por filósofos y teóricos de la ciencia encargados durante décadas de validar científicamente los métodos y teorías historiográficas mientras que los historiadores se conformaban con proporcionar resultados útiles a las nuevas generaciones. Pero ya filósofos no dogmáticos como Walsh y Atkinson reconocieron la necesidad de la experiencia historiográfica para proponer soluciones teóricas en historia³. Posteriormente un historiador marxista como Thompson rechazó la «teoría de la historia» althusseriana si no se completaba «con el contenido de un análisis histórico substantivo»⁴. Es decir, la reflexión historiográfica forma parte de la práctica del historiador porque es una actitud que emana de la propia experiencia en el mundo de la investigación histórica y que al margen de ella sólo tiene el valor de una mera teorización; es, por tanto, una actividad más crítica que especulativa. Aun más, la reflexión no debe confundirse con el tratamiento de los problemas epistemológicos fundamentales, que encajan mejor en una determinada «teoría de la historia», ni tampoco con una historia de la historiografía, porque aquélla incluye el análisis de aspectos referidos a la evolución interna de la disciplina (académica y científica) que apenas son abordados generalmente en éstas. Pero también es cierto que todavía los historiadores suelen preocuparse más de la eficacia de sus resultados que de la racionalidad de los procedimientos utilizados para conseguirlos.

Aunque no resulta fácil teorizar sobre el trabajo propio, con frecuencia la práctica historiográfica incluye el planteamiento de cuestiones epistemológicas que no se resuelven en el proceso ordinario de investigación,

¹ Recientemente MORADIELLOS, E., *El oficio de historiador*, Madrid, 1994 (con observaciones de BRAVO, G., *Hispania* 192, 1996, págs. 365 ss.); también VILAR, P., *Reflexions d'un historiador*, Valencia, 1992.

² De la amplísima bibliografía reciente sobre la cuestión, seleccionamos tres referencias básicas: LE GOFF-P. NORA, J., (eds), *Hacer la historia*, 3 vols., Barcelona, 1978-1980; y ahora BURKE, P., (ed), *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993; VEYNE, P., *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, 1973, con nueva edición: Madrid, 1984 (y el comentario de MORALES, A., «La epistemología histórica de P. VEYNE» en *Arbor* 487, 1986, y SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J., *Para comprender la historia*, Estella, 1995 (con textos bibliográficos de apoyo).

³ Así WALSH, W.H., *Introducción a la filosofía de la historia*, México, 1978, págs. 230 ss; también ATKINSON, R. F., *Knowledge and Explanation in History*, Londres, 1978, págs. 104 ss.

⁴ THOMPSON, E. P., *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1983, pág. 173. Pero las críticas de Thompson no gustaron a los marxistas británicos: vid. ANDERSON, P., *Teoría, política e historia: un debate con E. P. Thompson*, Madrid, 1985, y ante todo JOHNSON, R., et alii, *Hacia una historia socialista*, Barcelona, 1983.; y ahora el número monográfico sobre THOMPSON, E. P., en *Historia Social* 18, 1994.

sino que implica a menudo la elaboración de «ensayos teóricos» por parte de los historiadores ⁵. No obstante, en historiografía no cabe una posición teórica pura puesto que la respuesta sobre «cómo es» la realidad histórica está condicionada por la experiencia personal de «cómo se hace» la historia que a su vez se proyecta en la crítica sobre el terreno de «cómo debería ser» interpretado tal documento o testimonio. Pero «historiografía» es un término difícil de definir, si se prescinde de su evidente significado etimológico. En una de sus obras más conocidas, M.I. Finley proporciona una definición que puede parecer sofisticada para un término tan común: «la investigación *sistemática y crítica* acerca de alguna parte o aspecto del *pasado*, crítica no sólo en el sentido de ser una *evaluación* crítica de la *evidencia* sino también en el sentido más amplio de constituir un *examen consciente y racional* del tema escogido, de sus *dimensiones y aplicaciones* y tan franco como sea posible de la *aceptación automática de opiniones, enfoques y hábitos mentales* recibidos» ⁶. Pero es evidente que se trata de un término polisémico susceptible, por tanto, de múltiples definiciones. No obstante, ahora se propone también que tal término debería sustituir al de «historia» a todos los efectos y que la «historiografía» debe ser definida como una auténtica «ciencia social» ⁷.

Finalmente, cuando un historiador asume la tarea de escribir sobre historiografía y reflexionar sobre la producción propia o ajena, suele hacerse una serie de preguntas previas, no muy diferentes, sin embargo, de las que a menudo se plantean sus lectores, que no siempre son profesionales sino tal vez sólo estudiantes, interesados e incluso procedentes de otros campos de conocimiento. La primera pregunta suele ser si merece la pena realizar el esfuerzo de autorreflexión sobre lo ya escrito si, a fin de cuentas, ello no va a modificar lo ya hecho —*scripta manent* que decían los romanos—. No obstante, es evidente que la respuesta a esta cuestión sólo puede darse «*a posteriori*». La segunda es acerca de la pertinencia o no de los términos incluidos en el título que sirve de encabezamiento a esta reflexión. Digamos ya, antes de nada, que «limitaciones» y «condicionamientos» no son considerados aquí como juicios de valor sino como simples constataciones de historiador referidas a una impresión —bastante generalizada— percibida en términos negativos y de la que, naturalmente, se puede discrepar.

⁵ Este fue el caso de historiadores como L.v. Ranke, G. Droysen, J. Burckhart, L. Febvre, M. Bloch, H. I. Marrou, E. H. Carr, F. Braudel, P. Veyne, J. Le Goff y P. Vilar, entre otros, pero la lista podría ser amplísima. Entre nosotros, destaca en este sentido la producción reciente de BERMEJO, J. C.: *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, Madrid, 1983; *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*, Madrid, 1987; *Replanteamiento de la historia. Ensayos de historia teórica II*, Madrid, 1989; *Fundamentación lógica de la historia*, Madrid, 1991; y *Entre Historia y Filosofía*, Madrid, 1994.

⁶ FINLEY, M.I., *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1981, pág. 81 (La cursiva es nuestra).

⁷ Esta sustitución ha sido reivindicada recientemente y con argumentos contundentes por AROS-TEGUI, J., *La investigación histórica, Teoría y método*, Barcelona, 1995, págs.76 ss. (quizá la obra española más sólida e innovadora sobre el tema hasta el presente).

Es más, dicha panorámica podría ser modificada sustancialmente si el resultado del análisis proporcionara datos precisos y suficientes que no corroboraran esta impresión inicial. La tercera pregunta tiene que ver con el elenco de razones que uno puede esgrimir para ayudar a comprender y, en su caso, corregir algunos de los aspectos negativos de esta situación para esbozar finalmente las coordenadas en que se mueve nuestra historiografía actual. Al término sería deseable que de todo ello pudieran extraerse algunas conclusiones para enmendar en el futuro ciertos errores. En cualquier caso, quizá haya que volver sobre nuestros propios pasos al cabo de unos años, de unas décadas, para hacer un nuevo balance de nuestra andadura.

¿UN PANORAMA NEGATIVO?

Coincidiendo con los setenta, con lo que Fontana ha denominado «el período de normalidad académica de la Historia», la historiografía española se abrió a nuevos horizontes, con una especial recepción de ideas y modelos provenientes en su mayor parte allende las fronteras. La generación anterior se había hecho eco de las teorías de procedencia germánica y ahora se estrecharían los lazos con las escuelas francesa y anglosajona. Desde este punto de vista los setenta constituyen una época de apertura historiográfica hacia formas diferentes de pensar y hacer la historia. Se consideraban ya obsoletas opiniones que habían gozado de gran predicamento hasta mediados de siglo, como la conocida sentencia de E. Meyer: «Sólo hay un modo de escribir la historia y de tratar los problemas históricos»⁸. Pero hasta mediados de los setenta el profesorado universitario de Historia pertenecía casi exclusivamente a la llamada «vieja escuela»⁹.

La renovación historiográfica se afianzó entonces mediante la incorporación de tres elementos en el sistema académico: con la implantación —desde 1974-75— de las distintas especialidades de Historia en algunas universidades, con la creación de las nuevas Facultades de Geografía e Historia, segregadas de las tradicionales de Filosofía y Letras, y con la puesta en práctica de un Plan de Estudios, que ha durado veinte años y que hoy está a punto de extinguir. Dicho plan no incluía como materias obligatorias las de contenido teórico o metodológico, ni siquiera de carácter introductorio, relegando la materia de Teoría y Método de la Historia, en sus diversas áreas y formulaciones, a una asignatura optativa.

A partir de los ochenta, sin embargo, se produjo una reacción inicial —bastante generalizada— de rechazo de la teoría, que abocaría a la supuesta «cri-

⁸ En *El historiador y la Historia Antigua. Estudios sobre teoría de la historia y la historia económica y política de la Antigüedad*, México-Buenos Aires, 1955, págs. 52 s.

⁹ Formada por los discípulos de los «grandes maestros» de la primera mitad de siglo: P. Bosch Gimpera, A. García y Bellido, S. Montero Díaz, C. Sánchez Albornoz, R. Carande y J. Vicens, entre otros: sobre todos ellos y muchos más, *vid.* ahora el estudio de PASAMAR, G., *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, 1991.

sis de la historiografía»¹⁰, que luego se comprobaría que no era sino de *Annales* y del marxismo, de la que a duras penas se intenta salir todavía, ya mediados los noventa¹¹.

En 1982, a raíz de la publicación de un importante libro de reflexión historiográfica, un conocido historiador español lamentaba que los «buenos historiadores» —refiriéndose a J. Fontana— tuvieran que dedicarse a escribir libros de teoría, signo inequívoco —en su opinión— de la crisis por la que atravesaba la historia en aquellos momentos¹². Aunque el panorama historiográfico haya cambiado sustancialmente en las dos últimas décadas, seguimos en gran medida ligados a las servidumbres academicistas del pasado y a la vigencia de modelos historiográficos anticuados. En efecto, la recepción de las corrientes historiográficas europeas ha sido en general tardía, de escasa intensidad y con un notorio desfase de unos diez años o incluso más. En este sentido, los balances realizados hasta el momento son generalmente negativos e incluso pesimistas. Un panorama claramente negativo, que vendría definido por los siguientes parámetros, por áreas: *Prehistoria*: escasos recursos económicos disponibles; falta de dotación de plazas docentes y de investigación; minusvalorización social de los profesionales; escasas relaciones internacionales¹³; *Historia Antigua*: (además) escasa participación en proyectos de investigación internacionales; escasísima presencia de la disciplina en la sociedad; método de enseñanza anticuado y manualístico; escasas posibilidades de publicación¹⁴; *Historia Medieval*: (además) publicaciones numerosas pero poco conocidas; excesivo localismo de las investigaciones; falta de una catalogación sistemática de los archivos locales y eclesiásticos; recursos humanos insuficientes, deficientes y desigualmente distribuidos; imposibilidad de acceso a plaza fuera de la propia universidad; excesivo provincianismo y demasiada dependencia del

¹⁰ Rechazada expresamente por FONTANA, J., *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982, págs. 246 ss.; sobre la crisis de los *Annales*, vid. infra núm. 36; sobre la del marxismo, SCHAFF, A., *El marxismo a final del siglo*, Barcelona, 1994.; con un planteamiento general, desde la perspectiva de la Historia económica: RUBIO SACRISTAN, J.A., *Una crisis en la ciencia histórica*, Madrid, 1987.

¹¹ Sobre la crisis de los grandes paradigmas, vid. AROSTEGUI, J., *op. cit.*, págs. 128 ss., aunque el verdadero problema del marxismo son los ataques de la historiografía postmodernista que proclama «la muerte de la teoría»: *ibidem*, pág. 139 s. Para HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, 1995, págs. 274 ss. el verdadero reto de la historiografía del siglo en curso ha sido la opción entre «naturalismo» e «historicismo» y el mayor desafío del futuro, en cambio, será no otro que «el que afecta de manera terrible a su pretensión de científicidad» (*ibidem* págs. 285 s.).

¹² El libro era *Historia* de FONTANA, J. Pero, ironías del destino, pocos años después aquel crítico de la teoría se ha visto obligado también a enriquecer con su peculiar estilo la reflexión historiográfica de este país: JULIA, S., *Historia social/sociología histórica*, Madrid, 1989.

¹³ El colectivo *Tendencias en historia (Encuentro en la UIMP, 1988)*, Madrid 1990 es prácticamente el único estudio reciente de conjunto publicado hasta el momento: Vid. págs. 9 ss. (BARANDIARAN, I.- DELIBES, G.-FERNÁNDEZ MIRANDA, M.)

¹⁴ *Ibidem*, págs. 19 ss. (ARCE, J.-PLÁCIDO, D.)

exterior en las investigaciones ¹⁵; *Historia Moderna*: (también) demasiadas monografías regionales; escasez de investigaciones con temática global; escaso cultivo de las temáticas que preocupan a los investigadores europeos; escaso tratamiento de la Historia de las mentalidades y de estudios básicos de Historia social; falta de trabajo en equipo; escasa colaboración interdisciplinar; insuficientes infraestructuras técnicas para la investigación; pésimo estado de los depósitos documentales ¹⁶; *Historia Contemporánea*: (además) baja calidad científica de las publicaciones de divulgación; historiografía muy descriptiva de corte positivista y con pocos conceptos y métodos de otras ciencias sociales; tendencia al ensimismamiento en el enfoque de las investigaciones; desinterés por la investigación de países que no hayan tenido una conexión directa con España por razones de proximidad (Norte de África) o lengua (Iberoamérica), atraso en la recepción de las corrientes de renovación historiográfica; espectacular falta de biografías; desorientación en el patrón metodológico a seguir; deficiente formación básica del contemporaneísta en materias como Sociología, Psicología, Antropología, Ciencia Política, Economía o Derecho; escaso conocimiento de las nuevas tecnologías de la información ¹⁷.

Si por áreas de conocimiento se observan cambios notables en las dos últimas décadas, se echa en falta, sin embargo, una adecuada coordinación entre éstas tanto a nivel académico como científico. El problema es menor en las llamadas «universidades periféricas», donde las distintas áreas historiográficas suelen concentrarse en uno o dos departamentos de Historia. Pero la deteriorada situación académica del último decenio y la clásica indefinición científica de la disciplina (¿ciencia?; ¿ciencia humana o ciencia social?) han obstaculizado un mayor acercamiento entre las diversas áreas historiográficas.

No obstante, es obvio que no se puede comparar nuestra producción historiográfica en términos relativos con la de algunos países de nuestro entorno como Alemania, Francia o Inglaterra con más tradición historiográfica y mayor proyección internacional. Aun así, el panorama historiográfico ha cambiado ostensiblemente durante las dos últimas décadas y se han reforzado los lazos académicos y científicos con numerosos centros e instituciones nacionales y extranjeras a través de los Programas de Intercambio y los Proyectos de investigación en el marco de Acciones Integradas, actualmente vigente entre España y algunos países tales como Alemania, Austria, Francia, Italia, Portugal, Gran Bretaña e Irlanda del Norte ¹⁸, entre otros. No obstante, es escasa —por no decir inexistente— la contribución española al tratamiento de tendencias metodológicas, «escuelas» y grupos historiográficos, porque las raras valoraciones críticas en este terreno se consideran un mero ejercicio teórico y, en consecuencia, suelen ser relegadas a prólogos e intro-

¹⁵ *Ibidem*, págs. 27 ss. (MARTÍN, J.L.)

¹⁶ *Ibidem*, págs. 44 ss. (GARCÍA CARCEL, R.-MARTÍNEZ SHAW, C.)

¹⁷ *Vid.* págs. 53 ss. (ÁLVAREZ JUNCO, J., JULIA, S.)

¹⁸ *Vid.*, B.O.E. de 7 de mayo del 1997.

ducciones de obras propias o ajenas. Se impone, sin embargo, una visión razonablemente optimista, si se tiene en cuenta el lento pero progresivo avance de nuestra historiografía en todos los campos, incluso en el de la reflexión teórica.

Esta peculiar lentitud de la historiografía española es sin duda una de las claves para entender nuestra escasa «presencia» hasta fecha reciente en los foros internacionales¹⁹ que, afortunadamente, aumenta cada día y —por qué no decirlo— nuestro «desfase» en el tratamiento de ciertos temas que, en cambio, o bien gozan de una gran tradición ya en otros ámbitos historiográficos de nuestro entorno o, simplemente, no se tratan allí porque se consideran ya superados. Pero el avance lento no tiene por qué ser considerado en sí mismo un elemento negativo de nuestra trayectoria historiográfica, sino que más bien constituye la «cara» de una paradoja: aunque avanzamos lentamente, uno tiene la impresión de que quizá hayamos cubierto con excesiva rapidez —es la «cruz»— etapas que habría convenido explotar más, con el fin de agotar las formas de análisis antes de proponer vías alternativas. Nos encontramos, pues, ante una verdadera encrucijada que dividiera a la comunidad historiográfica española en dos grupos: uno, los historiadores de la generación anterior, que «están de vuelta sin haber llegado»; otro, los de la generación actual, que generalmente se vieron obligados a «tomar el café sin haber comido la sopa», por decirlo en términos coloquiales. Naturalmente, en ambos grupos hay por fortuna honrosas excepciones y el estudio comparativo de ambas situaciones puede revelar el camino a seguir.

ALGUNAS RAZONES

La aportación española al debate historiográfico fundamental de los dos últimos decenios ha sido pobre y, en general, desfasada, fruto de actitudes individuales más que propuestas de escuelas o grupos historiográficos. Salvo contadas excepciones, puede decirse que las «grandes cuestiones» de la historiografía de este fin de siglo —y de milenio— apenas han preocupado a la mayor parte de los historiadores españoles. ¿Qué se ha escrito acerca de la «crisis de la historia»? ¿Qué sobre nuevos métodos de análisis histórico y propuesta de nuevos modelos de investigación, qué sobre nuevos métodos de análisis histórico, qué sobre la oportunidad u oportunismo de nuevos campos historiográficos, qué sobre el cientifismo de la disciplina, qué sobre la historia conceptual, la historia narrativa, la explicación histórica y la objetividad

¹⁹ Del X Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Roma, 1955) al xvii (Madrid, 1990) se observa un significativo descenso en la participación española. Las Actas de este último, *xvii Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, Madrid, 1992, 2 vols., sobre un total de 174 contribuciones, recogen tan sólo 18 nombres de historiadores españoles con 17 colaboraciones, y el siguiente reparto por áreas: Antigüedad (1), H. Medieval (7), H. Moderna (4), H. Contemporánea (6). No deja de ser elocuente que, habiéndose celebrado en Madrid (26 agosto- 2 setiembre, 1990), la participación efectiva de representantes de la historiografía española apenas alcanzara el 10%.

del discurso histórico? No mucho ciertamente ²⁰, en comparación con la producción historiográfica global, que se ha incrementado notablemente en los últimos años ²¹.

Cuando la historiografía española actual parece haber aparcado, al menos de momento, la preocupación por definir la historia y la reflexión teórica ha sido reemplazada en gran medida por el interés en «las formas de hacer historia», quizá resulte oportuno preguntarse, a modo de balance provisional, por las razones de este ostensible cambio.

Digamos, de entrada, que los cambios en historiografía no son nunca caprichosos o arbitrarios, pero tampoco súbitos, sino que, por el contrario, el análisis historiográfico revela que casi siempre están justificados y vienen «anunciados» con suficiente antelación. Se trataría de descubrir qué historiador, qué obra individual o colectiva, qué grupo podría ser considerado un *terminus post quem* en la configuración de la nueva tendencia/corriente/escuela.

En segundo lugar, bastaría con revisar nuestro «file» bibliográfico —si está debidamente actualizado— para comprobar que, en los últimos años, hay en España una mayor preocupación teórica que en los historiadores de décadas anteriores y que, sin llegar al «debate historiográfico» propiamente dicho, en la crítica histórica se observan ciertos posicionamientos de «escuela» ²².

Pero no nos engañemos. Salvo contadas excepciones, la reflexión historiográfica en España es todavía «pobre» y acusa el lastre de la escasa forma-

²⁰ Véase ahora en general sobre todos estos aspectos AROSTEGUI, J., *op. cit.*; contribuciones particulares en FONTANA, J., *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992; PEREIRA, G., «Pierre Vilar y el análisis histórico» en *Revista mensual*, enero, 1981, págs. 16 ss.; BRAVO, G., «Hechos y teoría en Historia (Antigua). Cuestiones teóricas en torno a un modelo-patrón de investigación» en *Gerión* 3, 1985, págs. 19-41.; *Id.*, «Sobre el uso y validez de los modelos en historia: posibilidades y limitaciones» en *Actas del III Congreso de TMC, III*, Oviedo, 1985, págs. 699-710.; estudio del proceso de constitución de la historia como ciencia en PAGES, P., *Introducción a la historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*, Barcelona, 1983, págs. 105 ss.; historia narrativa en MORALES, A., «Biografía y narración en la historiografía actual» en SÁNCHEZ NISTAL, J.M. *et alii*, *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993, págs. 229 ss.; Explicación histórica en BRAVO, G., «Los niveles de reconstrucción histórica: imagen, descripción y explicación» en *Actas del II Congreso de TMC*, Oviedo, 1984, págs. 543-548; también LOZANO, J., *El discurso histórico*, Madrid, 1987, y el más bien confuso, aunque sistemático, de ESCANDELL BONET, B., *Teoría del discurso historiográfico. Hacia una práctica científica consciente de su método*, Oviedo, 1992.

²¹ Una visión de conjunto en el colectivo *Cincuenta años de historiografía española y americana (Hispania 175 y 176, con motivo del 50.º aniversario de la fundación de la revista)*, Madrid, 1990.

²² Este es el caso de M. Tuñón de Lara (recientemente fallecido), en la historiografía contemporánea, raramente discutido (*cf.*: AROSTEGUI, J., «Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica» en GRANJA-A, J.L. DE LA. REIG (eds.), *Manuel Tuñón de Lara, el compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, 1993, págs. 143-196), pero también el de J.M. BLAZQUEZ, en la historiografía de la Antigüedad (*cf.*: REMESAL, J., «Historia Antigua. Estado actual de una disciplina académica» en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua, III*, Santiago, 1988, págs. 313-320).

ción teórica de varias generaciones de historiadores que, por diversas razones, prefirieron producir manuales y monografías que valorar o cuestionar sus propias formas de hacer historia o las de los demás, autocrítica y reflexión que son elementos claves para avanzar en un sentido u otro y especialmente para superar el tradicional enfoque «provinciano», que ha pasado a convertirse en una peculiaridad de nuestra historiografía, legado por la generación anterior y del que todavía somos en gran parte tributarios. Sería prolijo recoger aquí un *memorándum* de elementos diferenciales, pero suele haber consenso entre los historiadores respecto a los siguientes: excesiva dependencia de bibliografía extranjera, no exenta del peculiar papanatismo hispánico; más receptora de influencias que exportadora de modelos; escasa divulgación de nuestras aportaciones «fuera»; falta de un paradigma propio y asumido por las correspondientes comunidades o gremios historiográficos; excesiva especialización académica que conduce al aislacionismo; tendencia a la repetición de tópicos ya superados; escaso cultivo de métodos y campos de investigación ya «consagrados» fuera; predominio de investigaciones de tema hispánico; cierto eclecticismo teórico y metodológico; en fin, notoria diversidad de campos temáticos, que en nada favorece la convergencia historiográfica.

Por otra parte, la desigual formación teórica de base de los historiadores españoles ha generado un tratamiento asistemático de las problemáticas históricas tradicionales y, por tanto, la ansiada renovación historiográfica se ha limitado a temas y aspectos concretos, lo que ha hecho inviable la propuesta de un modelo único de investigación.

Finalmente, las «causas históricas» de la actual situación historiográfica no son ajenas a los avatares de la evolución académica (Planes de Estudio, sistema de oposiciones y concursos) y, en particular, a la virtual inexistencia de un modelo de análisis historiográfico²³. No cabe duda de que éste habría permitido encauzar la evolución por vías propias sin necesidad de buscar «fuera» los modelos que suponen avances en determinados campos de investigación. En este sentido, un caso particularmente conocido es el de los hispanistas extranjeros, desde la Antigüedad al Mundo Contemporáneo²⁴, por no hablar del Medioevo, que se resiente todavía de la indudable influencia de los medievalistas franceses y anglosajones también²⁵.

²³ Las contribuciones españolas son todavía muy escasas en este terreno. Pero véase el innovador estudio de PASAMAR ALZURIA, G.-PEIRO MARTÍN, I., *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, 1987. Propuesta de un modelo de este tipo en BRAVO, G., «Elementos para un estudio de las tendencias en la historiografía española del último cuarto de siglo» en ARCE, J.-OLMOS, R., (eds.), *La historiografía de la Historia Antigua y de la Arqueología (siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, págs. 213 ss.

²⁴ Como R. Etienne, A. Tranoy, P. Le Roux, J. Pérez, B. Benassar, J. Elliot, R. Carr, P. Preston, H. Thomas, S. Payne, G. Jackson o P. Vilar, entre otros, cuya obra es sobradamente conocida para los lectores españoles, incluso fuera de los círculos académicos.

²⁵ Como J. Le Goff o G. Duby en el tema de las mentalidades, y M. Bloch o Ch. Wickham, en el del feudalismo, de quienes se han traducido al castellano algunas de sus obras.

Al no existir aún un estudio sistemático de la peculiar evolución de nuestra historiografía reciente, por períodos y/o áreas de conocimiento ²⁶ los modelos de análisis historiográfico suelen buscarse en otras escuelas, donde existe ya una larga tradición en este sentido ²⁷. En éstas el análisis historiográfico no se reduce a inventariar una serie de estudios o escuelas sino que se vincula con las corrientes de pensamiento dominantes, con la evolución particular de las correspondientes disciplinas académicas y se tiende a evaluar tanto los recursos propios como la proyección internacional de los resultados.

LAS COORDENADAS DE LA HISTORIOGRAFÍA RECIENTE/ACTUAL

Como en otros países de nuestro entorno cultural, en España la reflexión historiográfica no puede reducirse a la realización de «ensayos teóricos» — más o menos filosóficos, más o menos históricos— sobre las diversas concepciones y modos de entender/hacer las historia, sino que también debería ir acompañada de un estudio de las vicisitudes y circunstancias en que se ha desenvuelto la propia disciplina académica, sin olvidar el moderno debate social sobre la presunta «inutilidad» de las Humanidades. Como otras disciplinas, la historiografía encubre un complejo entramado de relaciones científicas, institucionales e interpersonales que intervienen de forma directa —si no lo condicionan abiertamente— en el proceso de investigación. Desde esta perspectiva, la producción historiográfica, individual o de grupo, es también un elemento de un «sistema de estrategias» ²⁸. Hay que reconocer además que, si no la más denostada por la Administración, la Historia ha sido acosada en las sucesivas Reformas Educativas hasta reducirla al conocimiento de «nuestro» pasado inmediato («España: siglos XIX y XX») y «nuestro» presente («La época democrática: 1978-hoy») en los cursos del nuevo Bachillerato, ahogando así el posible interés de los escolares por conocer otros ámbitos y épocas. Una de las razones es sin duda el inveterado temor de las autoridades a

²⁶ Casi sólo el opúsculo *Tendencias en historia* (*loc. cit.*) (*vid. supra* núms. 13, 14, 15, 16 y 17); un estudio de conjunto en el colectivo cincuenta años de historiografía (*loc. cit. supranúm.* 21).

²⁷ En Francia, Alemania, Inglaterra, USA, Italia e incluso Polonia, Rusia o Checoslovaquia. Véase, por ejemplo, CARBONELL, Ch. O., *Histoire et Historiens*, Toulouse, 1976; CHRIST, K., *Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft*, Munich, 1982; BURKE, P., *La revolución historiográfica francesa*, Barcelona, 1993 (sobre la Escuela de *Annales*); MAZZA, M., «Marxismo e storia antica. Note sulla storiografía marxista in Italia» en *Studi Storici* 1976, págs. 100 ss.; RASKOLNIKOFF, M., *La Recherche en Union Soviétique et l'histoire économique et sociale du monde hellénistique et romain*, Estrasburgo, 1975, y OLIVA, P.-BURIAN, J., «Die Prager, Altertumswissenschaft und soziale Probleme der Antike» en *Klio* 71, 1989, págs. 477 ss.; también para tiempos más modernos sobresale la voluminosa colección de estudios historiográficos editados por WEHLER, H. U., *Deutsche Historiker (I-IX)*, Göttingen, 1971-1982 (9 vols.), desde Leopold von Ranke (1795-1886) por BERDING, H., hasta Hans Rothfels (1891-1976), analizado por MOMMSEN, H.

²⁸ Especialmente COUTEAU-BEGARIE, H., *Le phenomene «Nouvelle Histoire». Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, Paris, págs. 251 ss.

que se avive el espíritu crítico de los estudiantes, hoy, —profesionales, mañana— que podría estorbar, como ha ocurrido en otros contextos, la realización de sus planes políticos. Pero esta actitud negativa hacia lo histórico quizá esté motivada por la deliberada intención gubernativa de desviar la demanda estudiantil hacia los sectores de formación y producción relacionados sobre todo con las ciencias y conocimientos técnicos, todavía no saturados y que ofrecen puestos de trabajo cualificados a los licenciados de Ciencias, ingenieros y arquitectos, recién salidos de las aulas universitarias. Finalmente, la escasez de presupuestos públicos destinados a investigación y docencia ha hecho que en el seno de las universidades se librara una disputa interna «entre departamentos» por establecer los criterios de «experimentalidad» o no-experimentalidad de las diversas áreas de conocimiento, pugna en la que los «laboratorios» y los «trabajos de campo» han ganado la partida a los tradicionales «archivos» y «bibliotecas», llevándose hasta 2/3 del presupuesto global aun con una «masa social» (estudiantes y profesores) menor.

Hay, además, un reparto desigual del «peso específico» de las propias disciplinas históricas en los marcos docente, investigador y didáctico de los diversos niveles formativos²⁹, que incide claramente en la mayor demanda de profesionales de la Historia, especializados en ciertos temas y períodos.

Como es lógico, la evolución de la historiografía reciente está determinada por el límite necesario de la actualidad. Pero hasta el momento sobresale la que podríamos denominar «una inversión de la tendencia» aunque, de hecho, se observa mayor interés por volver sobre «camino»³⁰ ya desbrozados que en descubrir otros nuevos y, desde luego, que por establecer algún tipo de convergencia entre ellos. Más bien ocurre lo contrario, abunda la dispersión temática y la reiteración analítica en la valoración de cuestiones «viejas» y «nuevas».

La historiografía actual se mueve en realidad entre dos tendencias básicas: una, la de los defensores de la historia-ciencia, que incluye a positivistas, historicistas, marxistas y neopositivistas, entre otros; otra, la de quienes —como

²⁹ Por citar sólo dos ejemplos, que en nada contribuyen a la equiparación: los Planes de Estudio universitarios de Historia, actualmetne vigentes, asignan inexplicablemente menos créditos a las materias troncales de I y II Ciclo de Arqueología (8), Prehistoria (12), Historia de América (12) e Historia Antigua (16,5) que a las restantes áreas históricas: Historia Medieval (20,5), Historia Moderna (20,5), e Historia Contemporánea (20,5 + 12) (vid. B.O.E. del 9 de junio de 1993), desproporción que se traduce en una sensible disminución de la carga docente de al menos 40 horas lectivas/materia/año que, en el caso de la Historia Antigua viene a significar prácticamente el 50% de la rehistoritroncalidad global asignada a Historia Contemporánea, por ejemplo. También, como es sabido, la Reforma del nuevo Bachillerato de la Secundaria establece la reducción de la materia de Historia al Mundo contemporáneo (siglos XIX y XX) y a la Historia reciente de España, lo que implica una discriminación con estudiantes y profesores especializados en otras áreas de conocimiento, aparte de graves perjuicios en la formación histórica de los jóvenes. (vid. *infra* núm. 44).

³⁰ Véase especialmente las reflexiones de HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, 1995, págs. 49 ss (sobre los llamados «retornos» —del sujeto, del relato, de la narrativa— y págs. 160 ss. (sobre el «retorno de la política»).

P. Veyne—niegan a la historia cualquier estatuto o pretensión científica, puesto que, en su opinión, carecería de capacidad explicativa, ya que el pasado sólo puede ser descrito o comprendido, como un mero ejercicio de «retro-dicción». ³¹ Ahora bien, la introducción reciente de métodos y técnicas de investigación tan sofisticados como el cuantitativismo anglosajón, la econometría americana o la sociología del discurso ³² ha hecho que queden en cierto modo relegados los métodos de análisis histórico tradicionales, entre los que se encuentra también el materialismo histórico. No es que se rechacen las teorías marxistas como tales sino que el revisionismo impone sus normas y cada afirmación debe ser probada —al menos documentalmente— en cada caso. También se observan conatos de «historia total» en los recientes estudios geohistóricos propuestos especialmente por los medievalistas. Desde este punto de vista podría decirse que en el discurso historiográfico actual predominan los elementos cuantitativos sobre los cualitativos y, en consecuencia, la descripción prima sobre el análisis, la crítica textual sobre la contextual, los datos sobre la teoría y el conocimiento de hechos puntuales sobre la interpretación global; en fin, los modelos de aplicación local sobre los de validez general. De todos modos, el complicado panorama historiográfico actual no se ajusta a marcos definicionales demasiado rígidos y a menudo convierte en arbitraria cualquier tentativa de adscripción historiográfica de investigaciones concretas, realizadas en ocasiones con buena dosis de eclecticismo.

Pero el panorama historiográfico actual es sobre todo complejo y apenas se deja definir en términos de etiquetas, individuales o de grupo. En efecto, las «escuelas históricas» —donde aún existen— han perdido hoy el carácter nacional de antaño, de comienzos de siglo ³³, y se limitan a la existencia de grupos coherentes de investigación, definidos no sólo por su carácter generacional, sino también por compartir *paradigmas* conceptuales y metodológicos, pero sobre todo por la continuidad de unas determinadas líneas de investigación. Sin perjuicio de las que aún se reclaman como tales, es preciso reconocer que estas cuatro condiciones apenas se cumplen en los grupos historiográficos actuales, bien sean éstos definidos en términos «nucleares» o «regionales» ³⁴. E incluso, los relevos generacionales no implican siempre

³¹ Siguiendo la terminología de VEYNE, P., *loc. cit.*

³² Véase el capítulo sobre «Métodos y técnicas en la investigación histórica» de AROSTEGUI, J., *op. cit.*, págs. 358 ss.

³³ Con historiadores de la talla de R. Altamira, A. Ballesteros o E. de Hinojosa (*vid. PASAMAR, G.-PEIRO, I., op. cit.*, págs. 20 ss) o arqueólogos como P. Bosch Gimpera, Luis Pericot o Hugo Obermaier (éste último con nacionalidad española desde 1924 y catedrático de Madrid) (*vid. ahora DÍAZ ANDREU, M., «Arqueólogos españoles en Alemania en el primer tercio del siglo XX» en Madrider Mitteilungen 37, 1996, págs. 206 ss.*)

³⁴ Sobre los primeros, por ejemplo, BRAVO, G., «Elementos para un estudio...» *loc. cit.* págs. 213 ss. con un estudio particular del «grupo salmantino de Historia Antigua»; entre los segundos, sobre la formación de la historiografía nacionalista catalana, CORTADELLA, J., «Crítica histórica y reconstrucción del período precondal en la Cataluña del siglo XVIII» en DUPLA, A.-EMBOROUJO, A. (eds.), *Estudios sobre Historia Antigua e Historiografía moderna*, Vitoria, 1994, págs. 37 ss.

continuidad sino, por el contrario, una clara ruptura con los paradigmas (conceptuales, analíticos e interpretativos) asumidos durante décadas. Por tanto, salvo contadas excepciones, en historiografía española actual sería más ajustado a la realidad hablar de «grupos» que de «escuelas»³⁵.

Por otra parte, hoy ya no se duda que los historiadores pueden y deben contribuir a la reflexión teórica sobre el porqué y para qué de las filosofías de la historia³⁶ con su experiencia historiográfica, con todas las ventajas y limitaciones que ello conlleva en un debate interdisciplinar, al menos «entre Historia y Filosofía»³⁷. Además, si la historiografía actual incluye entre sus cometidos las reflexiones teóricas es porque el discurso histórico hoy no se limita ya al conocimiento de *qué sucedió* ni siquiera de *cómo sucedió realmente* (el «wie es eigentlich gewesen» de Ranke), sino que incluye también la *narración de lo que ha sucedido*, operación que requiere una buena dosis de interpretación y valoración de los documentos³⁸. Pero del mismo modo que no sería lícito forzar la documentación histórica para construir nuestros propios modelos, tampoco la respuesta a los problemas históricos está siempre en el documento, porque el conocimiento histórico no sólo está basado en fuentes sino también en el resultado de operaciones analíticas tales como la analogía, contrastación, comparación, evaluación, entre otras³⁹.

Sin embargo, tan sólo hasta hace unos años, buena parte de la producción teórica accesible a los estudiantes españoles procedía de investigadores de la Antigüedad o al menos se ejemplificaba con hechos extraídos de ella⁴⁰. En la

³⁵ En España, las relaciones académicas —más que las propiamente científicas— siguen siendo decisivas a la hora de configurar posibles «grupos» o líneas de investigación: véase una aplicación concreta de este presupuesto en términos de evolución académica y científica en BRAVO, G. «La evolución de la Historia Antigua peninsular en el siglo XX. Ensayo historiográfico» en DUPLA, A.-EMBOROUJO, A. (eds.), *Estudios sobre la Historia Antigua e Historiografía moderna*, Vitoria, 1994, págs. 81 ss.

³⁶ Recientemente BENAVIDES LUCAS, M., *Filosofía de la Historia*, Madrid, 1994 (vid. BRAVO, G., «Filosofías de la Historia: ¿por qué y para quién?» en *Hispania* 193, 1996, págs. 757 ss.)

³⁷ Recientemente BERMEJO BARRERA, J. C., *Entre Historia y Filosofía*, Madrid, 1994: un ambicioso estudio en el que el autor (especialista en Historia Antigua) reflexiona sobre los problemas epistemológicos de los distintos saberes científicos.

³⁸ Vid. especialmente los trabajos en este sentido de MORALES, A., «Biografía y narración en la historiografía actual» en SÁNCHEZ NISTAL, J. M., *et alii*, *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993, págs. 229 ss. y «Formas narrativas e historiografía española» en PÉREZ LEDESMA, M., (ed.), *La historia en el 93*, Ayer 14, 1994, págs. 13 ss.

³⁹ Sobre el particular, véase ante todo: MOMIGLIANO, A., *Storia della storiografia e metodo storico*, Roma, 1980; el colectivo *Le document: Elements critiques*, en *Annales*, septiembre-diciembre, 1982; TOPOLSKY, J., *Metodología de la historia*, Madrid, 1982, págs. 308 ss y 317 ss.; CARDOSO, C. F. S., *Introducción al trabajo de la investigación histórica*, Barcelona, 1981, págs. 141 ss.

⁴⁰ Véase, entre otros: H. I. Marrou (teoría); J. Bottero (investigación); R. Bloch (arqueología); J. Babelon (numismática); J. Metman (sigilografía); P. M. Duval (arqueología antigua); L. Robert (epigrafía); A. Bataille (papirología); J. Richard (criptografía); Ph. Wolff (sociedades preestadísticas); y R. Marichal (crítica de textos) en SAMARAN, Ch. (ed.), *L'Histoire et ses Methodes*, Paris, 1961; también H. I. MARROU, *El conocimiento histórico*, Barcelona, 1968; SALMON, P., *Historia y crítica. Introducción a la metodología histórica*, Barcelona, 1972; NOVACK, G., *Para comprender la*

actualidad, la contribución a la reflexión teórica y metodológica en España es muy variada, pero rara vez se dirige hacia áreas de conocimiento distintas de la propia experiencia historiográfica. No obstante, los estudiantes de postgrado y doctorados siguen denunciando las deficiencias teóricas y metodológicas que condicionan su formación y, lo que es más importante, a menudo encauzan su vocación en un sentido u otro. Ante tales circunstancias los profesionales de la Historia carecemos de argumentos para seguir demorando una reflexión conjunta y un debate, que ya es no sólo necesario sino también imprescindible.

DEL PASADO AL FUTURO

Tras casi un siglo de vigencia como actividad profesional, la Historia se ha sentido «acosada» especialmente en los últimos veinte años ⁴¹. A la «crisis de *Annales*» siguió la «crisis de la historiografía (marxista)» y a ésta «el fin de la historia» y el «después del fin de la historia» ⁴². El resultado es un evidente desconcierto acerca de la verdadera situación actual de la historia y/o historiografía, especialmente en sectores vinculados con la historia (como las ciencias sociales) pero ajenos al gremio historiográfico.

historia, Buenos Aires, 1975, págs. 17 ss; DHOQUOIS, G., *En favor de la historia*, Madrid, 1962, págs. 91 ss.; COLLINGWOOD, R. G., *Idea de la historia*, México, 1972; LÖWICK, K., *El sentido de la historia*, Madrid, 1973, págs. 197 ss.; DROYSEN, G., *Historica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Barcelona, 1983. En la actualidad, la contribución de la Historia Antigua a la reflexión teórica y metodológica en España sigue siendo importante: *vid.* el balance de MARCO-F. BELTRAN, F., «Historia Antigua» en GÓMEZ PALLARES, J., CAEROLS, J.J., (eds.), *Antigua tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España*, Madrid, 1991, págs. 22 ss (con bibliografía actualizada); también, en sentido general PLÁCIDO, D., *Introducción al mundo antiguo: problemas teóricos y metodológicos*, Madrid, 1993, siguiendo en gran medida la línea trazada por FINLEY, M. I., (*Historia antigua: problemas metodológicos*, Barcelona, 1986), pero con una conclusión sorprendente: «Toda época tiene su modo de justificar el estudio de la Historia. Hoy tendría que centrarse en su inutilidad. Si está desprestigiada por falta de utilidad, hay que reivindicar su estudio como inútil» (pág. 209, *sic*); sobre la evolución de la disciplina: BRAVO, G., «La evolución de la Historia antigua...», *loc. cit.*, págs. 84 ss.

⁴¹ Véase la sugestiva colaboración de CARRERAS, J. J. «La Historia hoy: acosada y seducida» en DUPLA, A., EMBOROUJO, A., (eds.), *Estudios sobre Historia Antigua e Historiografía moderna*, Vitoria, 1994, págs. 13 ss. (especialmente por las Ciencias Sociales); pero el desafío mayor que sigue teniendo la Historia es «su pretensión de cientificidad»: HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *op. cit.*, págs. 285 ss.

⁴² El proceso puede seguirse a través de: THOMPSON, E. P., *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981 y JOHNSON, R., *et alii*, *Hacia una historia socialista*, Barcelona, 1983; BURKE, P., *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, 1993 y FONTANA, J., «Ascenso y decadencia de la Escuela de *Annales*» en PARAIN, Ch., *et alii*, *Hacia una nueva historia*, Madrid, 1976, págs. 109-127; FUKUYAMA, J., «The End of History», traducido ahora en *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, 1992, y FONTANA, J., *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992, y el colectivo *A propósito del fin de la historia*, Valencia, 1994.

Hispania, LVIII/1, núm. 198 (1998) 49-64

Aunque la especialización de la disciplina historiográfica por épocas impone condicionamientos difícilmente salvables en el seno de la comunidad historiográfica, los historiadores, como tales, deberían procurar encuentros, no ya sólo interdisciplinarios (con arqueólogos, filólogos, sociólogos, economistas, psicólogos, etc.), sino también y ante todo interdepartamentales o «inter-áreas» —todavía prácticamente inexistentes—, máxime cuando los límites de los campos de investigación son difusos en muchos casos, incluso desde la simple perspectiva cronológica (entre Antigüedad y Edad Media, entre Edad Moderna y Contemporánea; en fin, entre mundo contemporáneo y mundo reciente). En el mismo sentido, sería aconsejable la realización de investigaciones, estudios y coloquios de historia comparada ⁴³, de tema monográfico sobre alguna de las grandes cuestiones históricas y contra el cantonalismo academicista característico de la disciplina, impuesto por la progresiva especialización de las diversas áreas de conocimiento. En este marco de referencias entre pasado y futuro, uno debería preguntarse si sigue teniendo sentido iniciar la documentación histórica con El Edicto de Milán (313), fijar el origen histórico del problema de la tierra peninsular o las estructuras de poder en el siglo XI, iniciar las revueltas y revoluciones en la historia hispánica en la Baja Edad Media castellana y, finalmente, utilizar los *mass media* para reivindicar la mayor importancia del conocimiento de los hechos de nuestra historia contemporánea frente a los de épocas anteriores ⁴⁴.

Si se excluye —y no siempre— el común interés por la historiografía sobre la mujer ⁴⁵, rara vez se han analizado temas históricos de forma conjunta con representación de historiadores de la Antigüedad, medievalistas, de la Edad Moderna y contemporaneístas, lo que revela cuando menos una evidente falta de coordinación de esfuerzos, si no un claro desinterés en ciertos sectores por la discusión conjunta en campos comunes de la historiografía. Pero la colaboración y cooperación entre los departamentos y especialistas de las distintas áreas de conocimiento de la disciplina histórica son tanto más exigibles cuanto que el proceso de renovación historiográfica es ya necesario a nivel general y no sólo limitado a algunas áreas y circunscrito a la revisión de algunos puntos concretos. Es preciso buscar mayor universalidad temática sin abandonar por ello los estudios regionales; es preciso buscar una mayor pro-

⁴³ Un encuentro pionero en este sentido es el volumen monográfico sobre *La Historia comparada (Historia Contemporánea)* en *Studia Histórica X-XI*, 1992-93.

⁴⁴ Por tomar sólo unos ejemplos: ARTOLA, M., *Textos fundamentales para la historia*, Madrid, 1973, págs. 15 ss.; PASTOR R., *et alii*, *Estructuras y formas del poder en la historia*, Salamanca, 1991, págs. 11 ss.; VALDEON BARUQUE, J., *et alii*, *Revueltas y revoluciones en la historia*, Salamanca, 1990; TUSSEL, J., «La ministra y la Historia» en *El País*, 2 noviembre, 1996, concluía su artículo con estas palabras: «Sería una pena que las jóvenes generaciones —a base de ampliar sus conocimientos de épocas remotas— desconocieran el origen de su presente».

⁴⁵ Véase el colectivo RODRÍGUEZ MAMPASO, M. J., *(et alii)* (eds.), *Roles sexuales. La mujer en la historia y la cultura*, Madrid, 1994.; las contribuciones recientes sobre las mujeres en la historia han sido analizadas detenidamente por HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *op. cit.*, págs. 175 ss. y sobre todo en *notas* (págs. 20 ss.).

yección histórica y una mayor divulgación sin renunciar a la elaboración de monografías especializadas, con un aparato crítico reducido pero no exentas de visiones generales. Porque, en efecto, frente a la especialización de las dos últimas décadas caminamos hacia la elaboración de síntesis audaces, en las que se retomen los grandes temas de la historia, los viejos problemas historiográficos, a los que habrá que dar soluciones nuevas. Por lo tanto, más que recuperar o reintroducir «viejas cuestiones» se trataría de revitalizar la crítica histórica mediante la discusión de nuevos datos aportados por vía documental o interpretativa, en el difícil equilibrio entre la preocupación «metafísica» del pasado —como, por ejemplo, «el ser de España»⁴⁶— y las tendencias «metahistóricas» o imaginativas del futuro⁴⁷. Son éstos algunos de los retos que se plantean a corto y medio plazo en nuestra historiografía.

Pero el mayor es, sin duda, que ésta no proporciona modelos «a imitar» sino más bien «a superar». Por ello, atención preferente de la historiografía debería ser también la construcción de un nuevo modelo de análisis historiográfico, más operativo, más coherente, que supere la rigidez academicista del pasado y el frecuente eclecticismo metodológico del presente, consecuencia de la forma en que algunos historiadores han intentado adecuar su experiencia personal a la recepción de nuevas corrientes historiográficas emanadas generalmente «fuera» pero también a veces «dentro» de nuestro país.

⁴⁶ Como el reciente volumen colectivo editado por la *Real Academia de la Historia: España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, 1997.

⁴⁷ WHITE, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, 1992.